

CORÍN TELLADO

Mi Nita querida



Nita, una bella joven a la que no le faltan pretendientes, lleva una vida tranquila junto a su madre y a un muchacho, llamado Kaden, adoptado por la familia. La llegada de unas misteriosas cartas cambiará su modo de pensar. El amor se encuentra siempre más cerca de lo que creemos...

Índice de contenido

Cubierta

Mi Nita querida

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Sobre la autora

*Al tímido e indeciso todo le es imposible,
porque así se lo parece.*

W. SCOTT

CAPÍTULO 1

Podía contárselo a su madre, pero Nita pensaba que su madre era una persona muy seria, muy cariñosa, pero poco dada a tales situaciones. Y aquella situación suya era, sin duda, bastante estúpida. No obstante, entendía que guardárselo para sí sola resultaba de una pesadez insoportable.

Realmente ella se lo tomaba a broma, pues maldito si podía tomarse de otro modo. Sin embargo, aun con ser una broma, y bastante pesada por cierto, en el fondo, muy en el fondo casi la emocionaba.

La persona que mejor podía entenderla era Kaden, y, decidida, ocultando la carta en el fondo del bolsillo de su pantalón vaquero, atravesó su alcoba, salió al pasillo y se dirigió, aún algo estremecida, al otro extremo, donde Kaden tenía su refugio.

Miró la hora en su reloj de pulsera. «Hum... las siete». Seguro que Kaden no había regresado del estudio. Por otra parte, tampoco su madre había vuelto de la novena, a la cual acudía todas las tardes. Ella, en cambio, de regreso de la academia de idiomas había recogido, como cada día, el correo en el buzón situado en la portería. Por lo regular había cartas de bancos para su madre, publicidad de este o de aquel producto, algún anuncio de esos que se hacen por cantidades y que se mandan a todos los titulares del listín telefónico, y alguna tontería más. Pero aquel día...

—Kaden —llamó sin abrir, acercando la boca al pestillo—. Kaden, ¿estás ahí?

El silencio más absoluto.

Nita empujó tímidamente la puerta y asomó la cara.

La alcoba de Kaden estaba vacía. Lanzó un vistazo, sin abrir más la puerta, y solo vio el lecho cómodo, las dos mesitas de noche, la mesa de trabajo, un flexo colgando, unos planos pegados con chinchetas a la pared y dos pufs de color amarillo. Ella ya se lo sabía todo de memoria por haberlo visto un sinnúmero de veces, porque, al fin y al cabo, hacía todos los días aquella habitación.

Cerró de nuevo y retornó al *living*, donde cayó sentada en un butacón, mirando distraída aquí y allá sin ver casi nada, pues su mente se hallaba prendida en el contenido de aquella carta que aún apretaba entre los dedos, perdidos en el fondo del bolsillo del pantalón vaquero.

Era una chica muy linda. Nita Martín resultaba casi conmovedora por su delicada belleza.

No era la típica chica hermosa, de clásicas facciones y arrogancia desafiante. Era más bien delicada, un tanto *sexy*, con ese aire algo desvaído e indefenso de la muchacha que no presume de nada, que nada espera con demasiada ansiedad, pero que, en el parpadeo de sus preciosos ojos pardos, de un glauco intenso, en el temblor casi imperceptible de sus labios gordezuelos y en el oscilar tibio de sus senos túrgidos, se apreciaba una sensibilidad extrema y una emoción femenina indescriptible.

Realmente Nita no era ninguna tonta, ni ninguna soñadora sin sentido, pero, evidentemente, era una joven de veintidós años, pura y casta, que tenía sus propios sueños, aunque nunca se atreviera a confesarlos.

En aquel instante, su rubio cabello natural, de abundante melena, sedosa y muy bien cuidada, semilarga, se agitaba enmarcando su carita de delicadas facciones, donde las aletas de su nariz, algo respingona, se agitaban como si algo, afluyendo muy de dentro, la emocionara y a la vez le causara estupor y divertimento.

De súbito se le ocurrió comunicar a alguien todo aquello que acababa de dar a su vida una emoción diferente, y se dirigió al teléfono situado no muy lejos de donde se hallaba el sillón en el cual había caído momentos antes.

¿Por qué no?

Sonia Morgado era su mejor amiga, casi, casi se podía decir, la única. Acababa de separarse, pues juntas acudían cada tarde a dar sus lecciones de idiomas en aquella academia a la cual empezaron a acudir hacía un año.

Sonia trabajaba en una agencia, si bien a las seis se reunían en la academia y permanecían allí una hora, para retornar caminando juntas, cada cual hacia su casa, situadas no muy lejos una de la otra, aunque en distintas manzanas.

Iba a marcar el número cuando oyó el llavín en la cerradura.

Dejó, pues, el teléfono y asomó la cabeza por la puerta entreabierta.

—Kaden, ¿eres tú?

La voz bronca de Kaden replicó de inmediato:

—Sí —y sus pasos avanzaron por el pasillo hacia el *living*.

Nita pensó: «Se lo contaré a Sonia mañana y se la enseñaré. La leeremos juntas. Nos vamos a reír una barbaridad. Me divierte muchísimo el contenido de esta misiva».

En voz alta estaba oyéndose decir:

—Hola, Kaden. Hoy vienes algo más tarde.

Y le mostró el reloj.

El recién llegado también miró el suyo con cierta indiferencia.

—Puaff —exclamó por toda respuesta—. Hace un calor insoportable. Ya veo que este verano, que está haciendo su aparición, convertirá la ciudad en un asadero —se dejó caer en un sofá, añadiendo—: Y encima tengo las vacaciones en invierno. ¿Sabes lo que te digo, Nita? No hay peor cosa que trabajar para los demás.

Nita, aún de pie cerca de la telefonera, se fue escurriendo hacia un puf y se perdió en él, de modo que casi se hundió hasta el suelo.

Miró a Kaden con cierta inquietud. Y es que se imaginaba que cuando le diera la carta a leer, se iba a reír. También ella se había reído, pero...

—Ya veo que tía Bea no está —añadió Kaden mirando a un lado y otro—. ¿En la novena?

—Supongo. Vendrá pronto —miró de nuevo la hora—. Estuve en la cocina y he visto que dejó la cena lista. Iré a poner la mesa.

—Nita.

La joven, que ya se levantaba, giró un poco la cabeza.

—¿Qué pasa, Kaden?

—¿No estás nerviosa? Yo diría...

Nita no era nada reservada. Seguro que era todo lo contrario, porque bien sabía Kaden que era más bien extrovertida.

—He recibido una carta de amor.

Lo dijo a toda prisa. Kaden, del salto, se puso en pie.

Era un tipo de unos... ¿cuántos años? Nita sabía bien los que tenía, porque cuando ella contaba doce, Kaden pasó de vivir en su pueblo a vivir con ella y su madre. Y en aquel entonces tenía justamente diecisiete años. Es decir que le llevaba cinco, y si ella contaba veintidós, Kaden, evidentemente, según Pitágoras, tenía veintisiete.

No era un chico muy alto ni tan apolíneo que se volvieran las chicas a mirarlo cuando cruzaba una calle. Pelo castaño, ojos marrones, facciones regulares. Dientes sanos y blancos, pero no simétricos. Ella adoraba a Kaden. Nadie como ella para conocer sus valores, pero ella era, como si dijéramos, hermana de Kaden.

—¿De amor? —preguntó Kaden muy asombrado.

—Sí, sí —se sofocó Nita—. Pero que mamá no lo sepa. ¿Quieres? Me da vergüenza.

—Pero —más asombro en la mirada tibia de Kaden—, ¿tienes un enamorado? ¿Lo conoces?

Nita, que se dirigía a la puerta con el fin de saber si estaba puesta la mesa en el comedor, para ponerla si no era así, se volvió apenas, titubeando:

—Yo solo sé de Felipe Terrol.

—¿El médico que hace las prácticas?

—Bueno, ya sabes cómo me invita.

—Sé únicamente que te hace la corte. Es un gran chico.

—Kaden, que una no se enamora de buenas cualidades. Eso es después, cuando ya estás enamorada del físico.

Kaden estalló en una risotada muy alegre.

—El día que te enamores de verdad —dijo— ya verás como las cualidades las consideras tan importantes como el físico. Además, Felipe no está nada mal.

—El autor de la carta no es Felipe —refutó Nita, como si le ofendiera que su vecino del quinto le tomara el pelo—. Felipe no es capaz de escribir así.

—¿Puedo leerla?

Nita la extrajo del bolsillo con cierta cautela.

—No te vas a reír, ¿verdad?

—Nita, ¿qué dices? ¿Cuándo me he reído yo de tus cosas?

—Mira, toma, pero vete a tu cuarto, porque si viene mamá no quiero que sepa que he recibido esa carta, y si te vas a reír, prefiero oírte yo sola. Iré a poner la mesa, y cuando haya terminado pasaré a tu cuarto —le entregó el sobre algo arrugado—. Es muy bonita, ¿sabes? Dice cosas bellísimas y emocionantes —casi enrojecía—. Una no es de piedra. De todos modos, entre la risa que me causa su contenido, debo confesar que también me emociona un poco. Es la primera carta de amor que recibo, y lo curioso es que ignoro de quién procede.

—¿Una tomadura de pelo?

—Puede.

—Dame —la asió y dio un paso hacia la puerta—. Ya te diré lo que me parece.

—Bueno.

Y mientras Kaden se iba a su cuarto dentro de su atuendo deportivo, pantalón y camiseta de algodón, Nita se dirigió a la cocina colindante con el comedor.

CAPÍTULO 2

Era un piso ubicado en el centro de una ciudad costera preciosa, cuyo nombre no merece la pena mencionar. Un piso claro, con grandes ventanales, por los cuales entraba el sol en todas las épocas del año. No demasiado grande, pero sí cómodo y confortable, y además limpiísimo, pues tanto a ella como a su madre les encantaba conservar los muebles y el hogar en sí, ya que, dada la situación económica, no demasiado boyante, difícil les sería conseguir otro.

Tampoco tenían interés alguno en cambiarse de piso. Ese lo habían comprado sus padres, y, por ser propio, tenía para ambas un idílico y tierno recuerdo.

Nita, mientras ponía la mesa para tres, pensaba en la muerte súbita de su padre, militar de alta graduación. Y pensaba, asimismo, en cinco años antes, cuando su padre, juntamente con su madre, adquirieron aquel piso, considerando que su padre ya no cambiaría más de ciudad. Pero lo que no contaban era con los designios de Dios, que se lo llevó cuando más lo necesitaban ella y su madre, e incluso Kaden.

Lo lloraron los tres. La vida tuvo su lado bueno que ofrecerles, pese a la tremenda tragedia. La buena voluntad para recordar con dulzura al padre bueno que se había muerto. Al consejero excelente para Kaden y al marido amante para la esposa.

Nita terminó de poner la mesa en el pequeño comedor cercano a la cocina y separado de ella por una puerta co-

rrediza, y se acercó al fogón para ver cómo andaba la comida. En efecto, estaba casi lista. Su madre nunca se descuidaba.

Era una dama delicada, fina, de gran prestancia, pese a su delicadeza. Joven aún, pues no llegaba ni con mucho a los cincuenta años.

Nita pensaba que a esa edad, antes, se era ya una vieja, o al menos, se llegaba casi a las postrimerías de la madurez, rozando casi la ancianidad. A la sazón, afortunadamente, a los cincuenta años una mujer puede incluso pensar que le queda mucho por vivir.

Su madre, no, claro.

Su madre, sin lamentaciones aparentes, eso es cierto, vivía para el recuerdo de su esposo difunto. Tampoco podía culparla. Nita se decía que, al fin y al cabo, su madre había sido educada en la antigua escuela. Y cuando una persona educada así se casa, es para toda la vida, y si le falta el marido se consagra exclusivamente a su recuerdo.

La vida ahora era muy distinta, pero Nita no pensaba ni censurar una ni alabar la otra. Cada una tenía su encanto, y fuera ayer, fuera hoy, merecía la pena vivir o haber vivido ambas.

Dentro de sus vaqueros y su camisa a rayitas diminutas, blancas y azules, con una más delgada en medio de un tono anaranjado, sobre sus mocasines planos, delgada y esbeltísima, dejó el comedor y abordó el largo pasillo.

Pensó que las casas de antes tenían los techos muy altos y unos pasillos interminables, pero también poseían su encanto añejo. A ella, pese a conocer pisos modernos, le gustaba más el suyo, aun con ser antiguo.

El salón era muy grande y estaba decorado con cierta austeridad, pero de una personalidad muy marcada y encantadora. Daba a la calle por dos partes y tenía una rotonda, especie de corredor lleno de plantas que colgaban por los barrotes de hierro que formaban los tres balcones juntos.

El piso tenía unos doscientos metros cuadrados. No era pequeño. Cuatro habitaciones, un despacho que fue de su padre y que ahora usaba Kaden, el salón, cocina, comedor, *living*, despensa y tres baños. No, no era nada pequeño para su economía.

—Kaden —llamó tocando en la puerta de su pariente.

Kaden abrió él mismo.

Tenía la carta en la mano.

—¿La has leído?

—Pues sí. Oye, es preciosa.

—¿Verdad?

—Pasa, pasa —miró por encima de la cabeza de Nita—. ¿No ha vuelto tu madre?

—No. Pero no tardará. Claro que si se encuentra con Sara suele entretenerse y hasta suelen tomar un té en la cafetería de abajo.

—Ven.

Y la asió de la mano.

—¿Las has leído más de una vez, Nita?

Al preguntar la empujó hacia un puf y él se sentó en otro sin soltar el pliego.

—La he leído una sola vez, pero la entendí muy bien.

—Yo diría que su contenido te emociona.

Nita sacudió su melena rubia, que despedía un perfume tenue de colonia fresca de baño.

Kaden pensó: «Cuando entré en esta casa por primera vez, hace diez años, el olor a esta colonia, siempre la misma, ya me produjo una sensación de limpieza, de personalidad».

En voz alta comentó:

—Lo raro, Nita, es que te escriba a máquina.

—Será para que no me pierda nada. Oye —tras un titubeo—, ¿me la lees en voz alta, Kaden? Seguro que me suena diferente.

—Me voy a ruborizar, Nita —rió Kaden, a su pesar—. Son cosas algo cursis, ¿no? Ya no se escriben cartas así.

—Nunca he recibido una carta de amor, ni yo las he escrito —dijo Nita, algo molesta—. Por ello no sé si son cursis o no, si se escriben así o no se escriben. Pero yo creo que el sentimiento, el amor, por mucho que se disfrace, es casi siempre igual, se sienta en esta época que se sienta en otra.

—No te enfades, Nita, por favor. Es que... yo no creo en la existencia del amor, tanto, como observo, crees tú.

—Nunca me enamoré —farfulló Nita, algo ofendida—. No tuve tiempo de enamorarme ni conocí chicos que me hicieran sentir ese aletazo. Pero creo en su existencia y pienso que debe ser muy bonito estar enamorada.

—Bueno, vale, no te enfades.

—¿No estás tú enamorado de Berta Ril?

Kaden hizo un gesto ambiguo.

—Bueno, salimos juntos. Somos amigos. Pero de eso al amor media un abismo —y cambiando bruscamente de tono—. Te la voy a leer para que se te vaya el enfado.

—Si te causa risa, no la leas y dámela.

—No te enfades, Nita, por el amor de Dios. Oye, leo... Y no me río. Te juro que no me río.

* * *

Mi Nita querida:

No, no me conoces. No tienes idea de que existo. Y es que nunca te dije nada referente a mis sentimientos. Además no me conoces demasiado. Me ves. Eso es cierto. Me ves, y pasas de mí. Bueno, yo no paso de ti. Pero me da una vergüenza enfermiza hablarte de mi amor. ¿Que quién soy? Un hombre, un muchacho, un tipo sentimental y romántico que no espera casi nada de ti, pero que quiere decirte cuanto le inspiras.